VERDAGUER Y NAZARIN

POR

WALTER T. PATTISON

En junio de 1896 Benito Pérez Galdós estuvo en Barcelona para asistir a las representaciones de sus dos piezas *La de San Quintín* y *Los condenados* (1). No bien llegado a la ciudad manifestó a Narcís Oller su deseo de visitar al padre Jacinto Verdaguer, el cual vivía entonces con doña Deseada Martínez de Durán y su familia en una ermita medio arruinada, privado de sus licencias de decir misa y considerado por muchos como loco. El «caso Verdaguer» era la comidilla de la ciudad, objeto de comentarios en los cafés y los periódicos. La gente se dividía radicalmente en dos grupos: los que veían en el poeta un santo que sufría persecución y los que le creían bajo la sugestión e influencia nefasta de doña Deseada. Entre los últimos se contaba el mismo Oller (2).

Don Narcís nos ofrece detalles interesantes:

> En arribar a Barcelona En Galdós recalà tot seguit a la llibreria López, on llavors s'explotava amb gran profit aquell escàndol. Allí donant-li per rigorosament certs tots els fets i dites que sobre el *cas Verdaguer* anava estampant la premsa maçònica, o sectària... insistiren a fer-li remarcar la coincidència del *cas* amb el més essencial de les citades novelles *Nazarín i Halma*, fins al punt de suposar En Galdós directament assabentat pel mateix mossèn Cinto de 'la persecució que sufria i de la vida que llavors ell duia'. I ja compendrà vostè que una aital suposició, falsa com era, havia d'intrigar no poc l'autor de *Nazarín* i *Halma*.
>
> Por eso quisiera yo conocer, o ver siquiera de cerca, a esa doña Deseada y esa solitaria mansión de *Los Penitentes* en que, según dicen, se han refugiado el padre y ella.

Aunque Oller se echó a reír y se burló de la posible relación entre Verdaguer y Nazarín, se verificó la visita. Apenas vio a Galdós el poeta exclamó:

> —¡Oh, señor Galdós, cuánto le agradezco la visita! ¡Yo, que tan encantado estoy ahora de su admirable Nazarín! ...Y sens canviar de

(1) NARCÍS OLLER: *Memòries literàries*, p. 276; S. ORTEGA: *Cartas a Galdós*, página 394.

(2) N. OLLER: *Op. cit.*, pp. 276 y 296.

> tema, evidentment corprès per aquella idea, estigué més d'un quart d'hora alabant ingènuament la citada obra d'En Galdós, sens ocultar la gratíssima sorpresa que deia que li havia causat la coincidència i gran semblança del cas Nazarín amb el seu propi.—Perseguido como yo, abandonado y tenido por loco como yo, y, como yo reducido a la miseria y privado del pan de los ángeles!... Pero sí, don Benito, sí: la situación moral de Nazarín la ha sentido usted admirablemente. Ya ve usted que hoy nadie como yo está en condiciones de apreciarlo (3).

Un poco después Galdós le pidió su opinión sobre *Halma*. Se la había enviado, tanto como *Nazarín*, y deseaba saber si la segunda novela había llegado a manos del catalán. Este sí la recibió, pero no sabiendo que *Nazarín* figuraba también en ella, había aplazado la lectura. Por su parte, Galdós alabó las *Flors de calvari* y *San Francesc*, obras recientes que Verdaguer le había enviado (4).

De lo que acabamos de citar es evidente que existían ciertas relaciones, no muy íntimas, entre el novelista y el poeta y que las semejanzas entre Verdaguer y Nazarín eran notables. Queda saber si, en efecto, Galdós conocía el caso Verdaguer cuando escribía sus dos novelas. Dejemos el problema cronológico por el momento y fijémonos en la historia y los padecimientos del autor de *L'Atlàntida*.

El joven mossèn Cinto, de una familia campesina de la diócesis de Vich, solicitó y obtuvo el puesto de capellán en uno de los barcos de la compañía Transatlántica. En sus viajes conoció a Claudio López, hijo segundo de Antonio López, Marqués de Comillas, fundador y dueño de la línea. Después de la muerte del hijo mayor del marqués, Claudio le llamó al palacio de Comillas en Barcelona, donde Verdaguer decía misa diaria por el reposo del alma del difunto mayorazgo, y más tarde servía de limosnero del marqués. Su fama literaria, cada día más grande, y el respeto y consideración de la familia de Comillas le daban algunos años de vida inmejorable. Frecuentaba la alta sociedad. Comía en la mesa de los marqueses; acompañaba a miembros de la familia en viajes a París y a Comillas; en Roma fue objeto de consideración especial de parte del Sumo Pontífice (5).

Pero al asumir las funciones de limosnero, mossèn Cinto tenía contacto con la pobretería barcelonesa y se sentía cada vez más impresio-

---

(3) N. Oller: *Op. cit.*, p. 297.
(4) *Ibid.*
(5) Sebastià Juan Arbó: *Verdaguer: el poeta, el sacerdot i el món*, Barcelona, 1952. Véanse especialmente la página 176 (visita de Isabel II y el Emperador del Brasil a Verdaguer) y la página 207 (V. no sólo un miembro de la familia sino considerado de rango superior a ella).

nado y apenado (6). No sólo repartió el dinero de los marqueses; tomó prestados fondos que más tarde —después de perder el apoyo de la familia aristocrática— no pudo reembolsar. Al mismo tiempo comenzó a interesarse por los exorcismos, en los cuales vio otra manifestación de caridad. Por aquellos tiempos una onda de espiritismo inundaba la ciudad, evocando ecos aun en la prensa madrileña (7). Así mossèn Cinto llegó a intimar con la familia Durán porque la hija de doña Deseada, Amparo, tenía fama de médium. Mientras más se estrechaban las relaciones entre Verdaguer y los Durán, más se alejaban los Comillas. Cuando el poeta organizó sesiones espiritistas en su cuarto del palacio de Comillas, la marquesa viuda se trasladó a Pedralbes, posesión de su yerno (8).

Entre tanto la salud de Verdaguer iba empeorándose. Trabajaba demasiado. Se dedicaba al confesionario, muchas veces defraudado por tipos insinceros o aun criminales, en quienes se fiaba con una credulidad pueril. Pasaba noches enteras en oración. Sufría alucinaciones. Se susurraba que iba perdiendo el juicio; pero él se justificaba con referencias a los santos que exorcizaban demonios, como, por ejemplo, San Juan de la Cruz (9). Llegó a creer que el clero era muy negligente en sus deberes. «Començà a semblar-li que la clerecia estava corrumpuda, que en el seu si no hi havia prou puresa; que ningú no seguia la llei de Jesucrist» (10). El 26 de mayo de 1893, obedeciendo el mandato de su superior eclesiástico, el obispo de Vich, Verdaguer entró en La Gleva, una especie de asilo o casa de descanso de sacerdotes. Se quedó allí casi dos años.

En junio del mismo año, 1893, Galdós estuvo en Barcelona (11). Toda la ciudad condal hablaba de Verdaguer y de doña Deseada y su hija (12); especialmente se hacían conjeturas sobre posibles relaciones sexuales con el sacerdote, algo que todos sus biógrafos subsecuen-

---

(6) Al principiar tenía 25 familias a su cargo; pronto el número subió a 300. Véase VERDAGUER: *En defensa propria, Obres completes,* Barcelona, J. Agustí, 1907, Volúm sesé, p. 226.

(7) ARBÓ: *Op, cit.,* pp. 360 y ss.; ANTONIO PÉREZ DE OLAGUER: *El canónigo Collell,* Barcelona, 1933, p. 300, donde hay una carta de V. hablando de los exorcismos.

(8) ARBÓ: *Op. cit.,* pp. 345 y ss., 375.

(9) *Ibid.,* pp. 363-4, 374.

(10) *Ibid.,* pp. 369-70.

(11) S. ORTEGA: *Op. cit.,* p. 369 (carta de E. Mario del 27 de junio de 1893) y p. 159 (carta de Pereda con alusión al viaje a Barcelona, 15 de mayo de 1893).

N. OLLER: *Op. cit.,* p. 276, dice que Galdós vino a Barcelona en 1896 «Com l'any anterior...» Parece que se equivoca en cuanto a la fecha y que alude a la visita del 93. Las cartas de Emilio Mario (S. ORTEGA: *Op. cit.,* pp. 385-8) muestran claramente que don Benito no estuvo en Barcelona durante la temporada teatral del 95.

(12) ARBÓ: *Op. cit.,* p. 394.

tes niegan rotundamente. Es increíble que don Benito no se haya informado muy a fondo del caso.

Se sabe que en aquella fecha el pensamiento de Galdós había entrado en una fase espiritualista, que iba en aumento desde *Angel Guerra* hasta *Misericordia* y *El abuelo*. Hace decir al mismo Nazarín que «en la humanidad se notan la fatiga y el desengaño de las especulaciones científicas y una feliz reversión hacia lo espiritual» (13). Un pequeño artículo suyo, fechado el 24 de enero de 1893, también revela la orientación espiritual del autor. Hablando de la muerte reciente de Zorrilla, Galdós le dedica las palabras siguientes, olvidadas por la crítica:

DOS FIGURAS

> De cuantos seres trajo a la realidad del arte la fantasía creadora de Zorrilla, ninguna me encanta y entusiasma como Gabriel Espinosa, el mártir inconfeso, el misterioso reo de la alta traición, que, negando obstinadamente su majestad, la deja traslucir en su resignación estoica y en la suprema elegancia de su lenguaje.
>
> Su figura es triste y hondamente dramática, como que lleva en sí la nostalgia de la perdida realeza, y un humorismo fino y vibrante, que es el oro puro de la forma poética. No hay, no, en el teatro antiguo y moderno, nada que aventaje a esta creación.
>
> Pero el *Pastelero de Madrigal* no goza de la popularidad del Tenorio, el cual debe a sus desafueros revestidos de espléndida poesía, a su bravura insolente, a su desprecio de todas las leyes, y sobre todo, a la gracia inaudita con que se procura una redención por amor, la simpatía inefable de la raza que le cuenta entre los suyos.
>
> Espinosa se salva por sus méritos: es un imitador de Cristo. A don Juan le vale una buena recomendación para conseguir el mismo fin sin fin.
>
> Una y otra idea palpitan en las entrañas de la raza.
>
> Cuando vemos partir para la insondable eternidad al poetazo que nos ha dado estas bellezas, que también son verdades, sentimos impresión de frío y miedo, como si nos quitaran, de golpe, toda la parte de divinidad concedida a nuestra naturaleza (14).

Lo que nos sorprende no es sencillamente el alto valor que don Benito adscribe a la figura de Gabriel Espinosa, héroe de *Traidor, inconfeso y mártir,* sino que le compare a Jesucristo. Esto a pesar de morir inconfeso, rehusando a sabiendas la intervención del cura. Este curioso cristiano anticlerical se sacrifica diciendo:

---

(13) Parte III, cap. 8.
(14) *El Imparcial,* 24 de enero de 1893.

...Si yo fuera
El rey Don Sebastián, morir debía
Por la quietud del reino y mi alma entera.
Ser mártir a ser rey preferiría.
Si soy un impostor y perjudico
Con mi existencia la quietud de España
Debo morir también: debo una hazaña
De mi impostura hacer...» (15).

Es evidente que Galdós se interesaba por los que se asemejaban a Cristo, fuera un personaje de drama o un cura perseguido. Aunque varios amigos catalanes no simpatizaron con mossèn Cinto (16), la evidencia muestra que Galdós se contó entre los admiradores del poeta. Después de la muerte de éste leemos la siguiente nota necrológica en *Catalunya Artística,* con fecha del 19 de junio de 1902:

> B. Pérez Galdós B. L. M. al Sr. Director de *Catalunya Artística,* y tiene el gusto de enviarle una cuartilla, sintiendo que la premura del tiempo no le permita tributar al insigne Verdaguer un homenaje más extenso:
>
> Varón recto y puro fué Verdaguer, raro ejemplo de la perfecta fusión entre el hombre y el artista, modelo de sacerdotes, gran poeta sin otro modelo que Cristo. Imitador de Cristo en la moral y en la poesía, ha sido el último o el más visible de sus discípulos. En Barcelona y en Madrid le vimos con la cruz a cuestas, y aspiramos la inefable fragancia de sus *Flores del Calvario.* Hoy le glorifica con Barcelona, España entera, sin que puedan impedirlo sus perseguidores, Anás y Caifás.

Nótese sobre todo la frase «Imitador de Cristo en la moral y en la poesía, ha sido el último o el más visible de sus discípulos». Y la obra sobre la que llama la atención, *Flors de Calvari,* seguramente no tan conocida ni alabada como *L'Atlàntida* y *Canigó,* fue escogida precisamente porque en ella Verdaguer insiste en la semejanza de sus sufrimientos y los de Jesús:

Un gran Calvario es la tierra
do el hombre es crucificado;
cuando a mí me tocó el turno
¡qué días fueron tan largos!

---

(15) Acto tercero, escena IX.

(16) Entre ellos, Oller, contra cuyas opiniones habla Gaziel en el prólogo de sus *Memòries literàries,* p. xxxvii. Ixart también trata mal a Verdaguer en *El Imparcial,* 28 de agosto de 1893.

En otro poema habla de «mi corona adorada / toda de espinas llena...» (17). Las comparaciones con Jesús son frecuentes en este libro tanto como en sus *Cartes en defensa propria* (18).

Debemos decir que las obras que acabamos de nombrar se publicaron después de *Nazarín* (mayo de 1895) y, claro está, no pudieron influir en su composición. Pero las condiciones y los sentimientos que resultaron en las *Cartes en defensa propria* (publicadas en *El Noticiero Universal* a partir del 17 de junio de 1895) y *Flors de Calvari* (últimos días del año 95) existían desde la temporada del encierro de mossèn Cinto.

Hay otra posibilidad de contacto entre Verdaguer y Galdós antes de terminar éste la composición de *Nazarín*. En la primavera de 1895 se buscó la oportunidad de trasladar al poeta a un manicomio (19). Bajo esta amenaza, él se escapó de La Gleva y se presentó en Madrid el 10 de mayo, con el fin de justificarse con el marqués de Comillas. La entrevista tuvo lugar el 20. El marqués le recibió fríamente, le aconsejó volver a La Gleva y le prohibió que fuese a Barcelona. Verdaguer, pretextando que necesitaba arreglar la publicación de sus libros, desobedeció la orden y partió en el tren de las siete de la tarde, el día 21, con destino a Barcelona y la casa de doña Deseada, quien le hospedó durante varios años (20).

Aunque es poco probable que Galdós viese a Verdaguer durante los diez días que éste pasó en Madrid, porque parece que aquél estaba en Santander, sí es casi seguro que oyó hablar de la presencia de Verdaguer allí y de las dificultades en que se hallaba. Es decir, a medio escribir *Nazarín*, pudo llegar otra vez a la atención de Galdós el sacerdote catalán que imitaba de cerca a Jesús.

---

(17) J. VERDAGUER: *Flores del Calvario*. Texto original catalán; traducción castellana... de Luis Guarner, Madrid, 1954. Otros ejemplos:

Sens terrenal conhort en ma agonía
d'amichs y de parents abandonat,
abandonat com Vos morir voldría
ab vostra Crèu dolcíssima abraçat.

* * *

Per un camí sembrat de Creus
cap al Calvari jo partía
¡quantes espines per mos peus!;
dintre mon cor ¡quinta agonía!

Obres completes, edición citada, tomo tercero, pp. 280 y 302.

(18) V. habla de «ma passió, en que, como en la del bon Jesús, no faltan acusadors...; falsos testimonis, sacerdots, escribes y faritzèus; Pilats que-s rentan les mans després de condemnar-me, amichs que fan lo paper de Judes, y parents que fan lo paper de Caim». *Op. cit.*, tomo sexto, p. 221.

(19) JOAN MOLES: *Mossèn Cinto*, México, 1945, pp. 49-50, 53.

(20) *En defensa propria, Obres completes*, VI, 237-9.

Antes de la publicación de *Halma* (octubre 95) ocurrieron varias otras cosas que probablemente llegaron a los oídos de don Benito. No bien se hubo alojado el cura en casa de doña Deseada cuando se presentó el jefe de Policía con la intención de hacerle volver al asilo (21). Este episodio provocó la publicación de las *Cartes en defensa propria* y un tole tremendo. El 23 de julio se le retiraron las licencias para decir misa (22). Cierto doctor Manaut publicó un documento en que mantenía que el poeta se había vuelto loco (23). Todo esto tuvo tanta repercusión en Madrid como en Cataluña (24); también los felibres provenzales levantaron su voz en apoyo de mossèn Cinto. No sólo los periódicos barceloneses, sino también los madrileños hablaron del caso. Parece inconcebible que no llegase a la atención de Galdós.

¿Cómo utilizó don Benito sugestiones de la vida y aflicciones de mossèn Cinto si, en efecto, tenía a éste presente como uno de varios «modelos»? En primer lugar, desdobló la personalidad de Verdaguer para hacer dos curas —el limosnero padre Manuel Flórez, que corresponde al Verdaguer próspero y contento con sus relaciones en la alta sociedad barcelonesa, y el cura perseguido, en pugna con el clero, acompañado de mujeres sospechosas, y con fama de loco, alternando con reputación de santo. Sobre todo Nazarín y Verdaguer imitan ambos a Cristo, creyendo que ellos son completamente ortodoxos y que el clero en general y sus superiores eclesiásticos en particular se han apartado de la verdadera religión. Como el cura barcelonés, Nazarín parece hacer una curación milagrosa (25), y más tarde «exorciza demonios» del cuerpo de Beatriz (26), la histérica contrafigura de Amparo Durán. Don Benito hace que Nazarín explique repetidas veces que estos seudomilagros no tienen un origen sobrenatural, en lo cual difiere de la credulidad ingenua e infantil de Verdaguer. Pero en otra ocasión el autor mismo da una intuición mística a su criatura. Preguntado si adivina lo que va a pasar, el clérigo andante contesta: «Adivinar no. El Señor me lo dice en mi interior. Conozco su voz» (27). Y también el histerismo de Beatriz se convierte en misticismo religioso: «... si antes veía cosas malas, ahora las veía buenas, aunque no pudo explicarse lo que era ni asegurarse de ver lo que veía» (28). Por regla general, pero no siempre, Galdós busca explicaciones racionales a los fenómenos que Verdaguer habría aceptado como sobrenaturales.

---

(21) *Ibid.*, p. 240; MOLES: *Op. cit.*, pp. 51-2.
(22) MOLES: *Op. cit.*, p. 55.
(23) *Ibid.*, p. 55.
(24) ARBÓ: *Op. cit.*, p. 451.
(25) Parte III, cap. 3.
(26) Parte III, cap. 4.
(27) Parte IV, cap. 5 (al final).
(28) Parte IV, cap. 1.

La figura de Nazarín domina en la novela de su nombre, pero tiene un papel más restringido en *Halma*. Hemos sugerido que Galdós no se había olvidado de mossèn Cinto y que pensaba en él al dibujar el sacerdote que despectivamente se llama a sí mismo «el santo de salón» (29). Verdad que «don Manuel Flórez era un sacerdote muy simpático; sus singulares prendas lo mismo le daban prestigio y consideración en las clases altas que popularidad en las inferiores... En él eran de admirar, más que las virtudes hondas, las superficiales...» (30). Este cura, cuyo retrato serviría de descripción del Verdaguer mimado por los marqueses, murió desdeñándose a sí mismo, comparando su pequeñez con los sacrificios y padecimientos de Nazarín (31), exactamente como el Verdaguer simpático y próspero «muere» para dar vida al Verdaguer santo y perseguido.

Un detalle curioso y significante es que don Benito le llama a Flórez dos veces «limosnero» de la casa de Feramor (32), sin que le veamos funcionando en tal oficio. El pormenor será otra indicación de que Galdós pensaba en el limosnero de la casa de Comillas.

Hay otro personaje de *Halma* que merece nuestra atención. José Antonio de Urrea es un joven desafortunado, que vive principalmente de los sablazos que da a sus parientes ricos. Tiene intenciones de regenerarse, pero le falta voluntad. Se interesa por el arte fotográfico y espera fundar una revista pictórica con los fondos que le anticipa la condesa de Halma.

Ahora bien, Antonio López, que llegó a ser el primer marqués de Comillas, era pobre cuando se fue a Cuba. Allí trabajó en las empresas del señor Bru, siendo el brazo derecho de éste, y, finalmente, casándose con su hija. El cubano desheredó a sus dos hijos y dejó su inmensa fortuna a López. Años más tarde, cuando se proponía erigir una estatua al difunto marqués, uno de los hijos, Francisco Bru, escribió un libelo contra López. Sin embargo, en 1893, Bru tuvo que solicitar la ayuda de su sobrino, Claudio López, el segundo marqués. Escribió muchas cartas mendicantes al marqués y también a Verdaguer. «En aquest moment, Bru tenia, no se sap com, un negoci de plaques fotogràfiques...» (33). Un día el pobre recibió la visita de una señora misteriosa que le anunció un donativo de 100.000 pesetas de parte de mossèn Cinto. Más tarde se supo que la desconocida era doña Deseada, que por fin reconcilió al tío y al sobrino. Desgraciadamente, Bru mal-

---

(29) Parte III, cap. 8.
(30) Parte I, cap. 6.
(31) Parte III, cap. 8 (al final).
(32) Parte II, caps. 3 y 7.
(33) Arbó: *Op. cit.*, p. 351.

gastó la suma, a pesar de su sueño de «regeneración, de resurgir de nuevo a la vida del trabajo...» (34).

Hay semejanzas indisputables y curiosas entre el personaje ficticio y el hombre de carne y hueso. Debemos notar que los sucesos que acabamos de relatar ocurrieron antes de la visita de Galdós a Barcelona en 1893, y es razonable considerar que él los conocía.

* * *

De lo que queda dicho inferimos que hay una fuerte posibilidad de influencias verdaguerianas en la concepción de las dos novelas de Galdós. Los dos presbíteros, Flórez y Nazarín, parecen deber bastante a Verdaguer mismo; Beatriz y Urrea tienen un parecido marcado con Amparo y con Francisco Bru; la finca Pedralba corresponde a Pedralbes, donde mossèn Cinto residió con la familia de los marqueses en los primeros meses de su capellanía (35).

Pero sería ridículo no reconocer a otros modelos, especialmente a Jesucristo y a Don Quijote, como se ha hecho acertadamente repetidas veces (36). Por ejemplo, cuando Nazarín vuelve a Madrid prisionero entre dos ladrones, uno arrepentido y bueno; el otro, persistiendo en su maldad, ¿quién podría negar la inspiración directa de la Biblia? Se han visto también posibles modelos de Nazarín en los santos (37); pero como ellos, tanto como Verdaguer, imitan a Jesús, es evidente que tienen que parecerse.

Lo que hemos notado en otras obras galdosianas es que no hay un solo modelo único de ningún personaje principal; más bien el autor amalgama sugestiones de varios modelos, consciente o subconscientemente. En el caso de las dos novelas que nos interesan aquí, parece que siguió esta norma y que incorporó elementos de la tragedia de Verdaguer en su combinación.

WALTER T. PATTISON
Box 116
Marine on St. Croix
MINNESOTA, 55047. USA

(34) *Ibíd.*, pp. 356 y 358, donde Arbó cita palabras del mismo Bru.

(35) *En defensa propria, Obres completes*, VI, p. 224.

(36) Más recientemente los artículos de F. P. BOWMAN, C. MORÓN ARROYO y A. A. PARKER, todos en *Anales Galdosianos*, tomo II, 1967, tratan el tema de Nazarín y Jesucristo. Ya se notó la semejanza en las reseñas contemporáneas a la aparición de *Nazarín*. Véanse, como ejemplos, CLARÍN: *Galdós*, p. 279 (ensayo publicado originalmente en *El Imparcial*, 5 de agosto de 1895) y E. GÓMEZ DE BAQUERO en *España Moderna*, agosto, 1895, quien llama a Nazarín «el Quijote del misticismo», p. 182.

(37) Clarín le compara a San Ignacio de Loyola, *op. cit.*, p. 283.